

Muy grandes plazos temporales son planteados y resueltos, respecto a su contenido, en apenas dos líneas, y hemos de aludir a la cronología señalada por el bachiller y escritor Román de Irala mientras toma las memorias del preso que, trabajando con él a una velocidad de la que el iletrado Cantueso se asombra, logra tomar nota de toda su vida en poco más de cinco meses, entre el 2 de enero y el 5 de junio se supone que de 1682, por congruencia con los datos anteriores. No sería este plazo el de la elaboración literaria de la «novela de Irala» (que es la que nos ocupa, de Quiñones) pero sí el de recoger sus datos.

El crítico Jaime Lorenzo⁵ en un ensayo sobre *La canción del pirata* deja expuesto por su parte con toda claridad el *triple plano narrativo* en que la novela discurre: los papeles inéditos de don Adolfo de Castro y, en el propio texto del relato, «dos series distintas de acontecimientos»: 1. el relato que Cantueso nos hace de las peripecias de su vida pasada y 2. la acción que está sucediendo en ese mismo instante.

A su vez, Francisco Linares⁶ afirma que existe en la novela un tiempo variable a lo largo de los meses que se supone dura la narración: «Hay un motivo interno para esas variaciones y es que no todos los acontecimientos recordados los puede encarar [Juan Cantueso] con el mismo estado de ánimo; no puede, en algunos momentos, dejar de hacer comentarios, o bien pasar del recordar sereno a un atropello provocado por el nerviosismo. Hay también un motivo externo que es el conjunto de sucesos que se inscriben dentro del transcurso temporal. Lo que él supone que ocurre fuera de la cárcel, y lo que ocurre dentro, nos aparecen representados indirectamente a través de las alocuciones que Cantueso hace a su interlocutor. Tanto estas alocuciones como el metadiscurso sobre la narración, que confluyen en las sugerencias que el narrador hace al bachiller Irala sobre cómo conviene que se transcriba lo que cuenta, personalizan la narración y la humanizan más si cabe».

Tiempo e Historia

Siendo uno de los caracteres fundamentales de *La canción del pirata* su condición de novela situada con

fidelidad en un pasado, la Historia comparece en ella con frecuencia y densidad.

Ya en la primera página de la novela, son históricos los datos biográficos y dignidades que se asignan a don Adolfo de Castro, y en la siguiente tenemos la verídica referencia a la ampliación y restauración en el siglo XVII de la Catedral Vieja de Cádiz: «Yo nací cuando ya habían acabado de poner como nueva la Iglesia Mayor» (pág. 8, 29-30).

Una extensa documentación, reflejada en la «Tabla de gratitudes» que cierra el libro, ha servido de base a la probidad histórica de la obra, en la que el autor reconoce un solo anacronismo, si bien deliberado: el arma de fuego de don Luis de Argumedo, que en su modalidad de mecha provocadora del disparo, aún tardaría algunos años, pocos, en ser inventada (pág. 25, 15-17).

Tres descolantes aspectos del tiempo histórico son los referidos a la decadencia del Imperio español en el siglo XVII, la presencia de la Inquisición en la mente de los personajes y en la realidad histórica, y la curiosa y original «idea de Hispanidad» que ya hemos nombrado y que por su interés reproduciremos luego casi en su integridad.

La decadencia de España

Las alusiones a la decadencia de España que, efectivamente, se produjo en aquel período, le son suministradas al lector de muy distintas formas y por muy diversos conductos, tanto en los «papeles inéditos» de don Adolfo de Castro como al hilo del relato de Cantueso, donde también se transparenta el creciente auge que, en contraste con el empobrecimiento de casi todo el territorio nacional, experimentaba Cádiz a favor del tráfico indiano.

Así cuando, en Lisboa, le dice a Juan Cantueso un licenciado de Asturias: «Tengo entendido ser Cádiz uno de los contadísimos lugares que está prosperando y es a cuenta del comercio con Indias, como que se la puede nombrar por Corte, y anda allí sirviendo en la Armada la flor de la nación» (pág. 249, 31-34).

⁵ Jaime Lorenzo, en el diario *Información de Alicante*. 15, diciembre, 1983.

⁶ Francisco Linares, en la revista *Olvidos de Granada*, nº 14, verano, 1986.

Y el propio Juan Cantueso queda sorprendido al darse de nuevo con el Cádiz de su infancia y de su juventud: «No me habían engañado las noticias en Lisboa y Sevilla sobre el estirón éste de Cádiz, ni lo que me dijeron de que puede tenerse por Corte mientras enflaquecen y hambread las Españas... Enjambre de naves, tan numeroso como los árboles en Indias, vi hecha la bahía gaditana, y de muchas banderas, aún de las menos amigas, en bien de todas sus poblaciones ribereñas, concertadas por fin y cada cual sacando sus beneficios en provechosa armonía con las obras, amén las muchas sacaliñas del Rey. Vi todo el trajín de navegantes, barcas y tropas en mar y en tierra, redoblando el de mi mocedad, y que habían hecho de fábrica la escollera de la Punta y Castillo de San Felipe. Ya enfrente de las murallas, Cádiz también me pareció otro, con cantidad de casas nuevas y bien altas, algunas hasta por la parte de la Horca de los Franceses, y todo agrandado, crecido y bullicioso con arreglo a tantas velas como sobre las aguas estaba contemplando». (pág. 298, 1-18).

Entre los muchos momentos expresivos de los malos años nacionales e internacionales de España, cabe escoger referencias concretas muy llamativas junto a otras aparentemente insignificantes o bien muy rápidas, como la referida a la expulsión de judíos y moriscos, «porque de todos los lugares seguían trayéndolos sacados de sus casas y oficios, y echándolos fuera de España yo qué sé por qué» (pág. 21, 22-24).

Es asimismo significativo y extremadamente simbólico en cuanto a la caída del poder militar español en el siglo XVII el momento en que Cantueso encuentra a dos soldados de Puerto Real que «estaban vendiendo sus espadas, muy desmejoradas y recién libertados de las cárceles de Amsterdam» (págs. 37, 20-22).

En cualquier lugar de la novela saltan pruebas de la descomposición y el caos españoles de la época, como dos siglos más tarde lo declarará en sus papeles apócrifos el historiador De Castro: «Despuntadas sus uñas y limada la fiereza de sus colmillos, afligía al león hispano la caída de su poderío por tierras y mares, y, reinando más que los cetros, desaliento y mendiguez, piratero y bandidaje, atraso y ruina grandísima, llenaban de malvivientes las cárceles y presidios de esta bahía, como los de la Nación toda». (págs. 7, 17-18; 30, 1-5).

Por cierto que De Castro también tiene una censura para la conquista americana del Norte: «cuando mayor era el despojo que en nuestra América consumaba media Europa y empezaban a huronear los anglosajones del Norte avasallando a los naturales con atropellos y tiranías más fuertes en mil casos que los que padecieran con España» (págs. 173, 15-17; 259, 2).

La decadencia española comparece también en síntomas o referencias realmente históricas y algo más extensamente tratada. Así, en las conversaciones de la taberna puertorriqueña de Jiménez salta una «nueva malina para España, que fue aquel desastre de la escuadra del conde de Mauleón el Viejo en las islas de Aves, adonde él había ido para sorprenderle alguna plaza al inglés, y retornó cabrón y apaleado, pues de una escuadra grande volvieron dos barcos y se perdieron catorce o quince. Andaban el Coello y el de Moguer hablando con la marinería de que estaba bien claro que por nada del mundo podía ya España con cuanto tenía entre sus manos, y que siempre había sido descuidada en no poner espías por los sitios para saber qué iba pasando, sino que todo se hacía en la confusión».

Y más adelante se denuncia que salía «toda nave que lo tuviese en gana, cómo y cuándo se le antojase, sin juntarse a las flotas regulares y a los convoyes fuertes. Que yo supiera, no era eso lo que estaba mandado, sino que cualquier barco, del Rey o de quien fuese, pasara la mar cobijado en flota grande y defendida del inglés, el francés y el holandés, pues por todas partes iban a más las acometidas de esas gentes y no había día en que no se quedasen en tierra con éstos o arramblasen por mar con lo otro. Pero como los tiempos eran ya otra cosa, con pagarles a los de arriba sus chanchullos y gabelas, cada fletador y capitán de España, y los alcaldes de la mar, venían haciendo de su capa un sayo y cuanto les salía de la entrepierna, que muchas veces era lo peor y, por ganarlo todo, quedaban con el culo al aire». (págs. 237, 34-39; 238, 1-17).

En Lisboa, como antes en Venecia, tampoco andan bien para el imperio español los asuntos políticos porque «habiéndose ya sacudido Portugal el mando de España hasta con escrituras hechas, todavía rebullían allí, espoleados por el inglés, muchos piques y miques entre el Rey Pedro y el desgraciado de Madrid, el Carlos, siempre malito y sin morirse nunca». (pág. 247, 16-20).

No será ésta la única alusión desfavorable a Carlos II el Hechizado; años antes y como en toda la voz del pueblo estaba, dice Cantueso, llegado a Sevilla al morir Felipe IV, que «andaba la gente en lenguas de que cómo iba a echarse la corona a la cabeza el don Carlitos, con cuatro años la criatura, con lo torcido que andaban él y todo, y con la madre doña Mariana llevándole los mandos y un cura llevándose los a ella, que ni el uno ni la otra sabían de la misa la mitad. Pero eso fue lo que pasó» (pág. 112, 21-25).

En Lisboa también, y después de que se han recibido «noticias de la Armada española de Buenos Aires, y no buenas» (págs. 248, 19-20), nos enteramos de que «todos, aun los no huidos de su tierra, daban en la misma y descontenta parla: que España estaba por los suelos, sin industria, saberes, fuerza ni chispa de libertad, todo en pura roña y todo silenciado, con castigo fijo para quien levantase una voz y haciendo Corona, Inquisición, Iglesia y señorío por tapar el cielo con un cedazo, en tanto subían como la espuma, y a costa de lo que fuese, las naciones enemigas...», y en este país, España, no se hacía otra cosa que «averiguar quién era cristiano viejo y quién seguía no comiendo tocino, amén de sequías, pedriscos, plagas de hombres y de ríos y de sembrados y de ganados, amotinamientos inundados en sangre, derrotas militares por doquier y cuantos desastres puedan juntarse, durante los años últimos y todos los que yo había estado en Indias, sin respiro ni poderse tener ya a freno tantos enemigos de la Corona. Pues ésta era otra, decían: el no dar abasto la nación para mantener gastos y tropas y guerras perdidas en Flandes, Italia, Francia y todas esas partes, y en tantas otras de las Indias y del África y demás pedazos del mundo, que el dominar los mares era ya de otros y ya se sabe que quien rige la mar, rige el dinero». (págs. 248, 22-39; 249, 1-4).

O bien este otro y expresivo párrafo: «Vine a saber que la Corona había hecho un gran desaguado con los reales de vellón, poniéndolos de un día para otro en la mitad de lo que valían, así que en España, y en cosa de ruina, ya éramos pocos y parió abuela. Todo dios andaba endeudado hasta los calzones y cerrada mucha industria y tienda, como si no hubiese cerrado ya pocas, comentaban, el haber ido echando a tanto morisco y hebreo de

los de saber ganar dinero y dar a ganarlo». (págs. 261, 36-39; 262, 1-3).

Pensamos que estas últimas y extensas citas son peculiarmente expresivas del desfavorable período histórico español abarcado por la novela.

Hay también referencias al momento histórico y político de otros estados, como las que aparecen sobre Venecia y Lisboa. En el caso de la ciudad-Estado adriática, quedamos informados, tanto a través de la narración de Cantueso como del relato de Astrea Grimani, de la guerra contra los turcos (con la larguísima y heroica defensa de Candía), de la insurrección de los territorios vecinos a Venecia y de los forcejeos de ésta con España, así como las intrigas españolas contra la Serenísima «para que se quitara de Venecia la libertad y soplara en todo lo suyo la Inquisición» (pág. 97, 13-14).

Incluso durante la navegación en la galeota, don Pedro de Bocanegra pone al tanto a Cantueso de que, en cuanto a Venecia, «ya no son éstos sus mejores tiempos» (pág. 71, 36), así como Corradino Faliero le afirma más adelante que «lo nuestro es ir escondiendo las llagas y enseñando buena cara, aunque haya que pintársela. Venecia vive, ya hace mucho, del hacerse ver sin el tener» (pág. 96, 17-18).

En cuanto a Portugal, también conocemos su preciso tiempo histórico por boca del mismo Cantueso, quien a su manera popular nos dice que al rey Pedro «se le antojaron dos cosas que no eran suyas, la cuñada y la corona, así que se puso encima de la una y abajo de la otra, quitándose las al hermano, y luego lo mete preso bajo achaque de loco y de impotente» (pág. 247, 23-26).

Presencia de la Inquisición

La temible institución fundada por los Reyes Católicos e importada luego por otros países, tiene en el libro y en su protagonista una fuerte presencia ya desde el comienzo de la narración en que alude por una parte el historiador De Castro a la Inquisición, *despierta entonces más que nunca en materia de libros* (pág. 7, 15-16), y también en la voz de Cantueso cuando teme a «ese San Tribunal bendito» (pág. 7, 23), o a «acabar de paseo en el potro de tormento con el de la imprenta» (pág. 8, 18-19).